

Mitch Albom

El
guardián
del tiempo

Por el autor de
Martes con mi viejo profesor

Traducción:

JOFRE HOMEDES



MAEVA

*Este libro sobre el tiempo está dedicado a Janine,
que hace que valgan la pena todos
los minutos de mi vida*



PRÓLOGO



Hay un hombre sentado solo en una cueva.

Tiene el pelo largo. La barba le llega a las rodillas. Se sostiene la cabeza con las manos.

Cierra los ojos.

Está escuchando algo. Voces, voces incesantes. Brotan de un charco al fondo de la cueva.

Son las voces de los habitantes de la Tierra.

Y quieren una sola cosa:

Tiempo.

Una de las voces es la de Sarah Lemon,

una adolescente de nuestra época que, tendida en la cama, mira una foto en su teléfono móvil: un chico guapo, con el pelo de color café.

Se verán esa noche. A las ocho y media. Lo repite entusiasmada: «¡Las ocho y media, las ocho y media!», mientras piensa en qué ponerse. ¿Los vaqueros negros? ¿El top sin mangas? No. Odia sus brazos. El top sin mangas, no.

–Necesito más tiempo –dice.

Otra de las voces es la de Victor Delamonte.

Rico, ronda los ochenta y cinco años, está en una consulta médica, sentado junto a su mujer. Hay una camilla tapada con un papel blanco.

El médico habla en voz baja.

–No hay gran cosa que hacer.

Los meses de tratamiento no han surtido efecto. Tumores. Los riñones.

La mujer de Victor intenta decir algo, pero se le atragantan las palabras. Victor carraspea como si compartiesen la misma laringe.

—Lo que quiere preguntar Grace es... ¿cuánto tiempo me queda?

Sus palabras, y las de Sarah, se elevan lentamente hasta llegar a la cueva remota y al hombre barbudo y solitario que la habita. Es el Padre Tiempo.

Habrà quien lo tenga por un mito, un personaje de una tarjeta de felicitación de Año Nuevo: vetusto, ajado, con un reloj de arena entre las manos; es más viejo que ninguna otra persona en todo el mundo.

Pero el Padre Tiempo existe. Y lo cierto es que no puede envejecer. Bajo su barba encrespada, bajo su larga cabellera —señales de vida, no de muerte—, un cuerpo delgado y una piel sin arrugas, inmunes al tiempo que preside.

Antes de enojar a Dios, fue un hombre más, un simple hombre destinado a morir cuando sus días tocaran a su fin.

Ahora es otro su destino: desterrado en la cueva, debe escuchar todas las súplicas del mundo, súplicas de más minutos, de más horas, de más años, de más tiempo.

Lleva allí una eternidad. Ya ha perdido la esperanza. Todos, sin embargo, tenemos un reloj que marca en algún sitio, silenciosamente, el paso de las horas. Incluso él tiene un reloj.

Pronto el Padre Tiempo quedará en libertad.

Para volver a la Tierra.

Y acabar lo que empezó.



EL PRINCIPIO



Esta historia trata del significado del tiempo

y empieza hace mucho, en los albores de la historia de la humanidad, cuando un niño descalzo sube corriendo por una montaña. Delante de él va una niña descalza. El niño trata de alcanzarla. Así son las cosas a menudo entre los niños y las niñas.

Y entre ellos dos siempre serán así.

El niño se llama Dor. La niña Alli.

A esa edad difieren poco en estatura. Los dos tienen la voz aguda, el pelo oscuro, recio, y la cara manchada de barro.

Alli se gira sin dejar de correr y sonrío, burlona. Lo que siente nacer es el amor. Toma una piedra del suelo y la arroja hacia el niño.

—¡Dor! —grita.

Dor corre contando cada soplo de aire que inhala.

Es la primera persona que lo intenta en el mundo: contar, calcular. Al principio emparejaba dedos y asignaba un sonido y un valor a cada par. Poco después, contaba todo lo que podía.

Dor es un niño bueno y obediente, pero sus pensamientos van más lejos que los de los demás niños. Es diferente.

Y en esta página temprana de la historia, un niño diferente puede cambiar el mundo.

Por eso Dios lo está observando.

-¡Dor! -grita Alli.

Dor levanta la vista y sonríe. Siempre sonríe a Alli. En ese momento cae la piedra a sus pies. Dor ladea la cabeza y formula un pensamiento.

-¡T rame otra!

Alli lanza otra piedra al cielo. Dor cuenta con los dedos: un sonido para el uno, otro para el dos...

-¡Agrrrr!

Otro niño se le ha echado encima por detrás: es Nim, mucho más fuerte y corpulento. Nim se pavonea por clavar su rodilla en la espalda de Dor.

-¡Soy el rey!

Los tres niños se ríen.

Y siguen corriendo.

Intenta imaginar cómo sería la vida si no cont semos el tiempo.

Lo más probable es que no puedas. Sabes en qué mes, año y día de la semana te encuentras. En la pared, o en el salpicadero de tu coche, hay un reloj. Tienes un horario, un calendario, una hora para comer o ir al cine.

Pero a tu alrededor se ignora el cómputo del tiempo. Los pájaros no se retrasan. No hay perros que miren el reloj. Los ciervos no temen olvidar los cumpleaños.

Solo el hombre mide el tiempo.

Solo el hombre da las horas.

Y a causa de ello, el hombre sufre un miedo paralizador que no padece ningún otro ser vivo:

El miedo a que se le acabe el tiempo.

Sarah Lemon teme que se le esté acabando el tiempo.

Sale de la ducha haciendo cálculos: veinte minutos para secarse el pelo, media hora para maquillarse, media más para vestirse y un cuarto de hora de trayecto. *¡Las ocho y media, las ocho y media!*

Se abre la puerta de la habitación. Es su madre, Lorraine.

–Cariño...

–¡Llama antes de entrar, mamá!

–Vale: pum, pum...

Al mirar la cama, Lorraine ve sobre ella varias prendas: dos pantalones vaqueros, tres camisetas y un jersey blanco.

–¿Adónde vas?

–A ninguna parte.

–¿Has quedado con alguien?

–No.

–De blanco estás muy guapa...

–¡Mamá!

Lorraine suspira. Recoge del suelo una toalla mojada y se va.

Sarah se mira otra vez en el espejo. Piensa en el chico. Se pellizca la grasa de la cintura. Uf.

¡Las ocho y media, las ocho y media!

No, el blanco queda descartado.

Victor Delamonte teme que se le esté acabando el tiempo.

Sale con Grace del ascensor y entra en su ático.

–Dame el abrigo –dice Grace para colgarlo en el armario.

Todo está en silencio. Victor recorre el pasillo apoyándose en un bastón y pasa al lado de un cuadro de gran formato de un pintor francés. Le duele el abdomen. Debería tomar una pastilla. Entra en su estudio, lleno de libros y de placas conmemorativas, con un escritorio gigantesco de caoba.

Piensa en el médico. «No hay gran cosa que hacer. ¿Qué ha querido decir? ¿Meses? ¿Semanas? ¿Será el final? No, imposible.

Oye los tacones de Grace sobre las baldosas. La oye marcar un número de teléfono.

–Ruth, soy yo.

Es Ruth, su hermana. Grace baja la voz.

–Acabamos de llegar del médico.

Solo en su sillón, Victor hace cálculos sobre su vida menguante. Siente que su respiración sale de golpe como si le hubieran estrujado el pecho. Sus facciones se contraen y sus ojos se empañan.

Al crecer, los niños gravitan hacia su destino.

También Dor, Nim y Alli, los tres niños que corrían por la montaña.

Nim se hizo alto y ancho de hombros.

Transportaba ladrillos de adobe para su padre, que era constructor. Le gustaba ser más fuerte que los otros niños. Estaba fascinado por el poder.

Alli se hizo más guapa.

Y su madre le advirtió que no se soltara las trenzas ni levantara los ojos para no alimentar con su belleza los malos deseos de los hombres. De la humildad hizo Alli su refugio.

¿Y Dor?

Dor se convirtió en medidor de cosas. Marcaba piedras, hacía muescas en palos y agrupaba ramas, guijarros y todo lo que pudiera contar. A menudo, al pensar en los números, caía en una especie de ensoñación, y sus hermanos mayores se iban a cazar sin él.

En vez de cazar, Dor se iba a correr con Alli a las montañas, precedido por su pensamiento, que lo invitaba a seguirlo.

Hasta que una mañana de calor sucedió algo raro.

Dor, que según nuestro cómputo ya era adolescente, se sentó en el suelo y clavó un palo en la tierra. El sol brillaba con fuerza. Se fijó en la sombra del palo.

Puso una piedra en la punta del palo. Cantaba en voz baja, pensando en Alli. Eran amigos desde niños, pero ahora

Dor era más alto, y ella más... suave. Y cuando Alli levantaba la vista para mirarlo a los ojos, Dor sentía una especie de debilidad. Era como si le hiciera tropezar.

El zumbido de una mosca interrumpió sus reflexiones.

—Ahhh —dijo Dor al ahuyentarla.

Cuando volvió a mirar el palo, su sombra ya no alcanzaba la piedra.

Dor esperó, pero la sombra se hizo aún más pequeña, porque el sol se movía en el cielo. Decidió dejarlo todo como estaba y regresar al día siguiente. Cuando la sombra proyectada por el sol llegara exactamente hasta la piedra, sería el momento... *El mismo momento que hoy.*

De hecho, razonó, ¿no contendrían todos los días un momento igual, en el que se alineasen la sombra, el palo y la piedra?

Lo llamaría el momento de Alli. Cada día, llegado aquel instante, pensaría en ella.

Se dio una palmada en la frente, orgulloso de sí mismo.

Y así fue como el ser humano empezó a llevar la cuenta del tiempo.

La mosca volvió.

Dor la ahuyentó por segunda vez, pero en esta ocasión la mosca se convirtió en una larga franja negra que se ensanchó hasta transformarse en un rectángulo oscuro.

Y de la bolsa salió un anciano con una túnica blanca.

Dor abrió mucho los ojos, asustado. Quiso correr y gritar, pero su cuerpo no le respondía.

El anciano llevaba un cayado de madera dorada, con el que tocó el palo solar de Dor. El palo se elevó por encima del suelo y se convirtió en un enjambre de avispas. Las avispas formaron otra franja oscura que se abrió como se abren las cortinas.

El anciano la cruzó.
Y se fue.

Dor salió corriendo.

Nunca contó a nadie nada de aquella visita.
Ni siquiera a Alli.
Solo al final.

Sarah encuentra tiempo en un cajón.

Buscaba sus vaqueros, pero lo que encuentra al fondo del cajón es su primer reloj de pulsera, un Swatch morado con correa de plástico. Se lo regalaron sus padres cuando cumplió doce años.

Dos meses después se divorciaron.

–¡Sarah! –grita su madre en el piso de abajo.

–¿Qué? –grita a su vez Sarah.

Después de la separación, Sarah se quedó con Lorraine, para quien Tom, su ex ausente, era el culpable de todo lo malo que pudiera pasarles. Sarah siempre asentía, compasiva, pero de alguna manera las dos esperaban a Tom: Lorraine para que reconociese que se había equivocado y Sarah para que la rescatase. Ninguna de ambas cosas llegó a suceder.

–¿Qué pasa, mamá? –vuelve a gritar.

–¿Necesitas el coche?

–No, no necesito el coche.

–¿Qué?

–¡Que no necesito el coche!

–¿Adónde vas?

–¡A ningún sitio!

Mira la hora en el reloj morado, que aún funciona: son las 18.59.

¡Las ocho y media, las ocho y media!

Cierra el cajón y grita:

–¡Estás como una tapia!

¿Dónde estarán sus vaqueros negros?

Victor encuentra tiempo en un cajón.

Saca su agenda para consultar el programa del día siguiente: asamblea a las diez, reunión con los analistas a las dos y cena con el consejero ejecutivo brasileño de una empresa que va a pasar a ser de su propiedad. Tal como se encuentra, tendrá suerte si consigue hacer alguna de las tres cosas.

Se toma una pastilla. Oye un timbre. ¿Quién vendrá a esas horas? Oye a Grace por el pasillo. Ve la foto de su boda en su escritorio: qué jóvenes, qué sanos, sin tumores ni problemas de riñón...

—¿Victor?

Grace está en la puerta del estudio, con un empleado de una empresa de servicios que empuja una gran silla de ruedas motorizada.

—¿Qué es eso? —dice Victor.

Grace sonríe de manera forzada.

—¿No te acuerdas de que lo decidimos?

—Aún no me hace falta.

—Victor...

—¡Que aún no me hace falta!

Grace mira el techo.

—Déjela aquí —le dice al empleado.

—En el pasillo —indica Victor.

—En el pasillo —repite Grace.

Primero sale el empleado y después ella.

Victor cierra su agenda y se frota el abdomen. Piensa en lo que le ha dicho el médico.

«No hay gran cosa que hacer.»

Pero *algo* habrá que hacer.

Dor y Alli se casaron.

Fue una noche cálida de otoño, delante de un altar, tras un intercambio de regalos. Alli llevaba un velo. Dor le derramó perfume en la cabeza y dijo:

–Eres mi esposa. Llenaré de plata y oro tu regazo.

Esa era la costumbre de la época.

La frase «eres mi esposa» llenó a Dor de calidez y de sosiego: Alli siempre había sido como el cielo para él, una presencia constante desde que eran niños. Era la única capaz de distraerlo de sus cuentas, la única que podía traerle agua del gran río, sentarse a su lado y susurrar una dulce melodía. Entonces Dor bebía del vaso, sorbo a sorbo, sin conciencia del tiempo que llevaba mirándola sin parpadear.

Ahora estaban casados y Dor era feliz. Por la noche observó un cuarto de luna a través de las nubes y recurrió a ella como indicador del momento y la luz de la noche en que se habían unido en matrimonio.

Dor y Alli tuvieron tres hijos.

El primero fue niño y las dos siguientes niñas. Vivían con la familia de Dor, en casa de su padre, cerca de otras tres casas hechas con adobe y cañas. En aquella época, las familias –padres, hijos y nietos– vivían bajo el mismo techo. Solo los hijos que lograban enriquecerse llegaban a instalarse en una casa propia.

Dor nunca se enriquecería.

Nunca llenaría de plata y oro el regazo de Alli. Todas las cabras, ovejas y bueyes eran de sus hermanos y de

su padre, que a menudo le daba un bofetón por estar perdiendo el tiempo en recuentos absurdos. Su madre lloraba cuando lo veía encorvado, trabajando en sus cosas. Le parecía que los dioses no le habían dado fuerza.

–¿No podrías parecerme un poco a Nim? –preguntaba.

Nim se había convertido en un rey poderoso.

Era dueño de grandes riquezas y de muchos esclavos. Había empezado a construir una torre muy alta, junto a la que algunas mañanas pasaban Dor y Alli con sus hijos.

–¿Es verdad que jugabais juntos de pequeños? –preguntó en cierta ocasión el niño a Dor.

Dor asintió. Alli agarró a su esposo del brazo.

–Tu padre corría más deprisa y escalaba mejor.

Dor sonrió.

–Quien más corría era tu madre.

Los niños se rieron, prendidos a las piernas de su madre.

–Si lo dice vuestro padre es que es verdad –dijo ella.

Dor contó los esclavos que trabajaban en la torre de Nim. Los contó hasta quedarse sin números. Qué distintas, pensó, habían terminado siendo su vida y la de Nim.

El mismo día, algo más tarde, Dor hizo muescas en una tabla de arcilla para marcar el recorrido del sol por el cielo. Cuando los niños quisieron jugar con las herramientas de su padre, Alli apartó con suavidad sus manos y besó sus dedos.

La historia no lo recoge,

pero con los años Dor probó todas las maneras de medir el tiempo que la ciencia atribuiría más tarde a otras personas.

Fijó sombras mucho antes de los obeliscos egipcios y midió el agua mucho antes de las clepsidras griegas.

Fue el inventor del primer reloj de sol, el creador del primer reloj de manecillas e incluso del primer calendario.

«Adelantado a su tiempo.» Es una frase que se dice mucho.

Dor se adelantó a todos.

Pensemos en la palabra «tiempo».

¡En cuántas expresiones la empleamos! Pasar el tiempo. Desaprovechar el tiempo. Matar el tiempo. Perder el tiempo.

A su debido tiempo. Tiempo al tiempo. Cada cosa a su tiempo. Ahorrar tiempo.

Tiempo atrás. Justo a tiempo. Fuera de tiempo. Tiempo material. Llegar a tiempo. Faltar tiempo. Al tiempo. Ganar tiempo.

Hay tantas expresiones que contienen la palabra «tiempo» como minutos tiene un día.

Pero hubo una época en que el tiempo no tenía nombre. Porque nadie lo contaba.

Hasta que Dor empezó a hacerlo.

Y todo cambió.